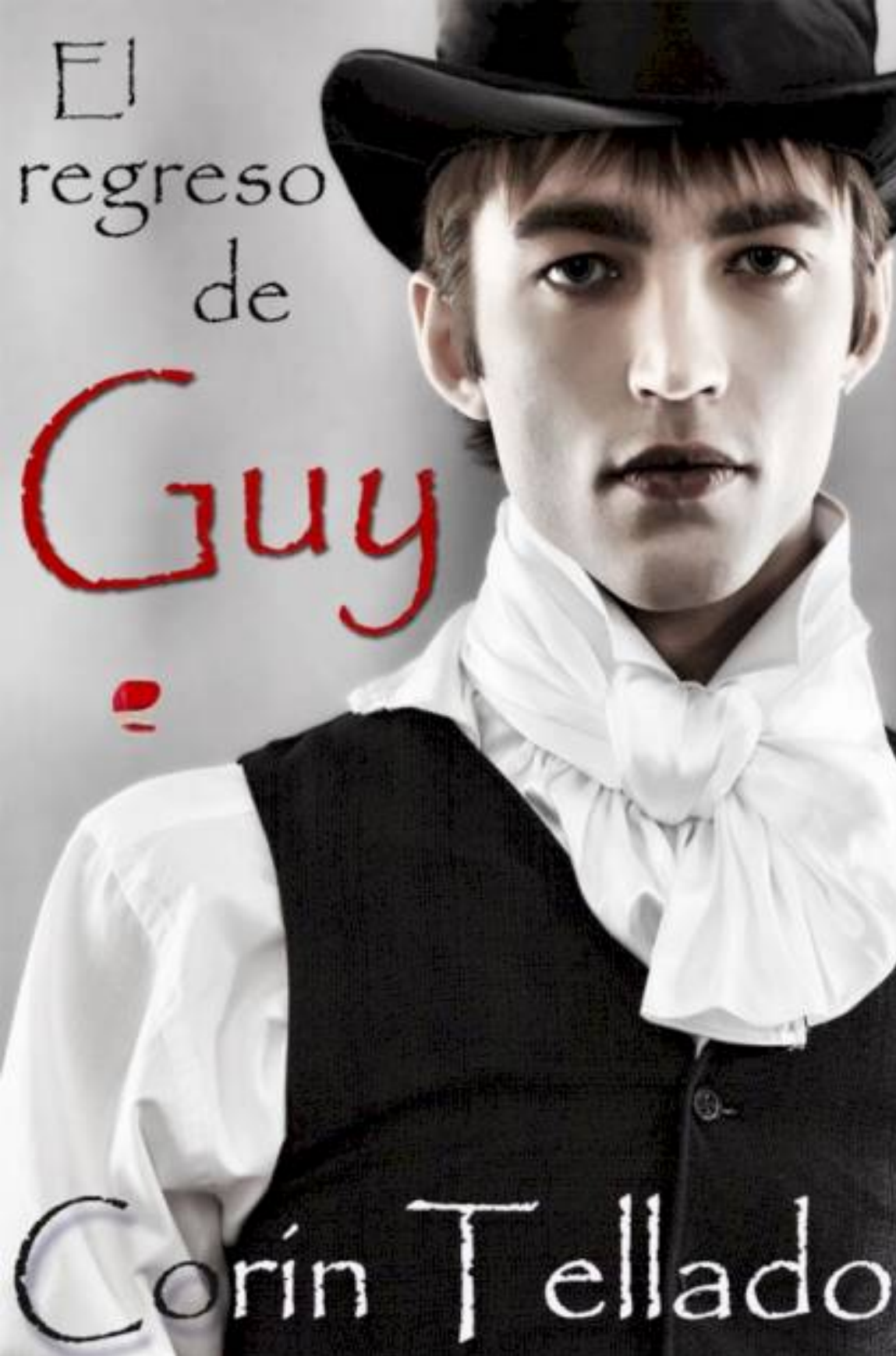

El
regreso
de
Guy
Corín Tellado

Guy fue su primer amor y Kima vivió con él un año maravilloso. Cuando años más tarde volvieron a encontrarse, sintió que su amor renacía, pero ¿cómo podía olvidar todo lo que había sucedido?, ¿cómo podía amar aún al hombre que tan despreciablemente se había dejado chantajear por su padre? ¿Podría triunfar el amor sobre los obstáculos de la traición y las diferencias de clase?

Índice de contenido

Cubierta

El regreso de Guy

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Epílogo

Sobre la autora

El orgullo es una pasión de los dioses; pero de los dioses falsos

LEOPOLDO ALAS CLARÍN

1

Kima cerró su maleta, y cuando la dejaba pegada a la pared entró, precisamente, Jule en su alcoba.

—Kima, una noticia bomba, sorprendente. Ha regresado Guy.

Kima, que parecía serena, flemática, absolutamente indiferente, giró la cabeza con brusquedad hacia su hermana. Jule cerró la puerta y, algo jadeante, se apoyó en ella.

—No me mires así, Kima. Tal se diría que me asesinas.

Kima decidió serenarse. No era fácil, pero… Ella estaba hecha de dura piel, de dura carne, y más dura aún en sentimientos. Tal vez por eso dio a su expresión una serenidad casi beatífica. A la vez se sentó sobre el borde de la maleta que acababa de llenar y cerrar.

—Sí, sí, Kima. Le acabo de ver yo misma. Bristol no es una taza de café, pero… a la vez, en ocasiones se diría que es un dedal. Yo le vi. Se hallaba en el muelle. Buscaba algo. Miraba aquí y allá. Está más… ancho, más fornido. Ha cambiado, sin dejar de ser el mismo —aspiró hondo, porque su hermana le miraba fijamente. Y cuando Kima miraba así parecía que sus ojos verde-azules se tornaban negros y de expresión como metálica, helados ¡vaya!—. Su cabello castaño enmarañado; sus ojos pardos desconcertantes en su rostro de piel morena. El mismo, Kima. ¿No dices nada?

—Mi tren para Birmingham sale dentro de hora y media. No dispongo de tiempo para conversar.

—Kima, te estoy diciendo…

La hermana mayor le cortó con un:

—¿Y qué importa? ¿Qué puede decirme a mí el regreso de Guy? Tal vez jamás se fue de Bristol, y lo has hallado por casualidad. Además, después de siete años… ¡Puaff!

Y, con la fría exclamación, se levantó. Procedió a meter el neceser, con sus objetos personales de tocador, en su bolso de viaje a cuadros. Después cerró la cremallera y lanzó una mirada en torno.

—No queda nada. Es posible que tarde en volver. Este ha sido un fin de semana largo. Por eso lo aproveché, pero las vacaciones de Navidad y verano pienso pasarlas en algún lugar donde luzca el sol. Estoy harta de brumas, humedad y frío.

—¿Lo saben los papás?

—¿Y qué vela tienen ellos en este entierro? Además, les oí llegar de madrugada. ¿Acaso ceden ellos un ápice de vida social por ti o por mí?

Jule cayó sentada en el borde del lecho y metió las manos entre las rodillas.

Su ademán nervioso conmovió en el fondo a Kima, porque si algo importante había para Kima era su hermana. Todo lo demás muy bien se podía poner en un saco remendado para que cualquiera lo tirara por un acantilado.

—Nunca les perdonarás, ¿verdad, Kima?

—¡Bah! El tiempo cura las heridas y puede hacer de ellas cicatrices.

—Pero esas cicatrices quedan ahí, marcadas para toda la vida, y aun usando de la cirugía estética nunca se olvida una del lugar donde han estado.

—Puede. Tengo que irme, Jule. Un consejo te doy, y si me haces caso, síguelo. No dejes a Louis por nada del mundo. Eres mayor de edad. Cuando ocurrió todo aquello yo era menor; no pude evitar nada. Pero tú sí puedes. Y, si tienes voluntad y tesón, no te destrozarán la vida, como hicieron con la mía.

—¿Y… Guy, Kima? Porque…

—Es mejor que olvides todo eso. Guy fue como ellos. Por tanto… —apresurada, extrajo el bolso del pantalón negro de pana, cajetilla y mechero y encendió un cigarrillo—. Un día, cuando tenga dinero, me compraré un auto. Así no tendré que tomar el tren.

—¿A qué crees que ha venido Guy, Kima?

—¿Otra vez con lo mismo, Jule? Te he pedido que te calles. Además, te estoy demostrando que el asunto perdió vigencia hace siete años. Por tanto, ya puede venir a retomar sus clases de gimnasia en el colegio mixto.

—Se dice educación física, Kima.

—¡Bah! se diga lo que se diga. ¿Quieres ayudarme? Agarra el bolso, que yo me hago cargo de la maleta. Aún tengo que tomar un café; después pediré un taxi. Pero ya no pienso volver a mi alcoba. ¡Ah! Jule, puedes tomarla para ti. Siempre la preferiste a la tuya. Yo tardaré en volver.

—¿De veras no te importa? Es que la tuya es más grande que la mía, y los ventanales dan a la calle… Pero… yo prefiero continuar en la mía, aunque sea más pequeña, y que tú vengas por aquí.

—No será fácil, Jule, nada fácil. Mi trabajo me ocupa todo el tiempo. Y, cuando tenga vacaciones largas, buscaré la forma de calentarme al sol. Dicen que en España hay lugares donde el sol luce todo el año.

—En el sur, claro. Louis estuvo allí un verano, y dice que es una maravilla. Gente alegre, simpática, acogedora, y el ambiente muy cálido. Y, en cuanto al sol, no se oculta nada más que de noche. Es más, tenemos pensado ir en viaje de novios cuando nos casemos.

—Suponiendo que te cases, que no cedas y que los papás no te quiten al novio de delante.

—Louis —dijo Jule apresurada, sin percatarse de momento de lo mucho que lastimaba a su hermana mayor— no se vende así como así.

—¡Jule!

—Perdona. ¡Oh, sí, perdona! —y se levantó para ir a abrazar a Kima—. Perdona, Kima. ¡Por Dios, olvida la estupidez que dije…!

* * *

Kima la separó de sí con blandura, y sin soltarla la miró a los ojos. Eran azules. Se parecían a los suyos, pero los suyos, realmente, estaban ya muy cansados, pese a su poca edad. Los de Jule brillaban aún ilusionados. ¡Ojalá brillaran siempre!

—No fue una estupidez, querida Jule. Fue una verdad que está ahí y que nadie puede borrar jamás. Pero dejemos eso. Está tan lejos… Sucedió hace tanto tiempo… y ocurrieron tantas cosas después… Anda, dejémonos de conversación y ayúdame a bajar el equipaje. Tomaré un café y me iré aprisa. Si me quieres acompañar a la estación…

—Vendrá Louis a buscamos con su camioneta.

Kima no pudo menos que emitir una mueca que parecía una curva irónica.

—¿Pretendes que delante de este palacete se estacione la destartalada camioneta de tu novio? Los papás no te lo perdonarán nunca.

Jule se menguaba. Kima sabía que su hermana o tenía que ser muy valiente, y ella no la tenía por tal, o no se casaría jamás con el chico de la gasolinera, como ella no se casó con el profesor de educación física.

—Si has quedado con Lou en eso, llámalo por teléfono y dile que no venga, Jule. Es mejor evitar fricciones. También te digo que, si un día me necesitas, me busques en Birmingham. No te olvides que vivo allí, que dispongo de un apartamento con dos alcobas, cocina, baño y salón. Pero vivo tranquila y sola y sin deseo alguno de otra compañía que no sea la tuya. ¡Ah! Procura recordar que tienes veintidós años, y recuerda, asimismo, lo que sucedió cuan-

do tenías quince, y yo, diecisiete. Eso te servirá de lección. Ya sé que, en cierto modo, los papás no se equivocaron al juzgar a Guy, pero… tal vez si no le hubiesen tentado, el asunto hubiese seguido adelante, y hoy estaría casada con él, y con dos hijos. Ahora las ganas de casarme se me han pasado ya.

—No olvidaré tu ofrecimiento en caso extremo, Kima. Pero me gustaría que me dijeras algo.

—¿Algo sobre qué?

—Bueno —Jule parecía aturdida. Kima pensó que era una preciosidad de chiquilla, pero ya se encargarían sus padres de gobernar su vida y destruir toda esperanza de felicidad propia—… Yo tenía quince años cuando todo aquello sucedió. Una a los quince años sabe cosas, pero ignora otras muchas, y los sucesos pasan por su vida como si carecieran de importancia. Es después, cuando vas creciendo, madurando y recordando, cuando todo te viene a la memoria con mayor nitidez. Entonces, sí, comprendes lo que anteriormente no has comprendido.

—¿Era eso lo que me ibas a preguntar?

—No, no, Kima ¡Qué disparate! Era algo más íntimo.

—Será mejor que bajemos mi equipaje. Y si me acompañas al tren, tal vez tengamos más tiempo para hablar —y de súbito, sin transición—. ¿Te vio Guy?

—No.

—¡Ah!

—Le vi yo a él. Lou estaba conmigo. Los dos le reconocimos a la vez. Lo recordamos perfectamente. Lou tenía diecisiete años, como tú, y cursaba el mismo curso, y yo con quince… no me olvidé de Guy. Todas las chicas del colegio mixto se lo rifaban… pero él siempre estaba contigo.

—Hasta que los papás se enteraron.

—No bajes aún, Kima. Hay tiempo. Si los papás están en el salón, habrá polémica, volverán a decirte esto y aquello y tú no te vas a callar. Y a mí me duele que te hieran y que hieras tú. Por favor, siéntate en la maleta. Yo me quedo

aquí, en el borde de tu cama; así podemos hablar antes de que te marches.

Kima se resignó. Era una chica joven (veinticuatro años) esbelta, de aspecto frágil, pero sumamente femenina. Tenía el cabello leonado de un castaño más bien claro, y los ojos de un verde-azul, que cambiaban de color según su estado de ánimo. A veces se tornaban metálicos, como si se afilaran. Vestía en aquel momento un pantalón negro de pana y botas tipo leguis en las que metía las perneras de los pantalones, de un tono negro brillante; le llegaban justamente a la altura de la parte inferior de la rodilla… Una camisa a cuadros negros y rojos, de una tela que parecía franela, era todo su atuendo. Sobre el maletín de viaje había una zamarra que parecía de ante rojo, forrada de pelo blanco. El leonado cabello fuerte, brillante y abundante, lo prendía a ambos lados de la cabeza con dos prendedores de carey, que parecía que se le escurrían hacia atrás, porque le despejaban el óvalo de la cara de corte exótico, donde la boca, de labios gruesos y sensuales, apenas sí sonreían, pero por entre su abertura se apreciaban unos dientes blanquísimos, alineados, perfectos…

Cayó sentada en el borde de la maleta y encendió otro cigarrillo, del que fumó con lentitud.

—Hace unos años sí me hubiera importado discutir con nuestros padres. Hoy no, Jule. Una termina por habituarse a todo, pero, más que nada, a ser ella misma. Las joyerías de papá me importan un rábano. Y si me hicieras caso, no te quedarías en ninguna de ellas vendiendo brillantes. Estudia. Termina esa carrera que dejaste a medias e independízate. Yo no soportaría ser tendera, aunque sea de joyería de lujo, el resto de mi vida. Eso por una parte, y por otra, si continúas en una joyería y dejas tu carrera sin terminar, no creo que consigas casarte jamás con Lou. Y aún te diré más, Jule querida, si papá te ofreció la oportunidad de un buen puesto y un sueldo superior no fue por favorecerte, sino por tenerte atrapada y poder, de esa manera, manejar

tu vida y evitar por todos los medios que seas independiente para que puedas casarte con el gasolinero.

—Hablas con tanta frialdad de ellos, Kima… Ya sé que te hicieron daño. Pero, al fin y al cabo, tampoco fueron responsables de todo cuanto te sucedió. Si Guy se negara…

Kima alzó mucho el rostro, y sus ojos se tornaron metálicos.

—Y antes de sobornar a Guy, ¿qué hicieron, Jule? ¿Acaso los quince años que entonces tenías te evitaron comprender todo el alcance de la maniobra de papá? Me enviaron interna a un colegio. Después —se alzó de hombros — era fácil manejar a Guy…

—Pero si él fuera fiel, entero, perseverante…, no aceptaría, Te seguiría. ¿Oh no, Kima?

—¿Es que acaso estoy defendiendo yo el proceder de Guy? Claro que no. Ha sido tan ruin como nuestros padres. Pero… ¡puaff, eso ya huele a estercolero! Tengo que irme. Y lo curioso es que… No me has hecho aún la pregunta que pretendías hacerme.

—Es delicada.

—Pues ayúdame. Agarra el maletín, y yo la maleta. Si te apetece, me acompañas a la estación… Pero, si en algo te estimas, llama antes a Lou y dile que no venga con su carromato.

Dicho lo cual salió con la maleta asida por el asa de piel.

2

Cuando Kima depositaba la maleta en el salón-vestíbulo, vio que su madre, aún bostezando, bajaba majestuosa las escalinatas. Detrás de ella, su padre, en batín y zapatillas.

—¡Vaya! ¿Es que te marchas, Kima?

—Mi tren sale dentro de una hora escasa. Me tengo que marchar. Pediré un taxi. Jule me acompaña a la estación.

Nick y Liza Peck, una vez en el salón-vestíbulo, miraron perezosos a sus dos hijas. Eran jóvenes aún. Liza tendría unos cuarenta y cuatro años, pero no los aparentaba. Nick, unos cuarenta y ocho, pero tampoco aparentaba la realidad. Morenos, jóvenes, esbeltos y de gran elasticidad, lo que indicaba lo que las hijas ya sabían. Sus deportes. Sus reuniones en los clubes privados. Sus partidas de tenis, o sus partidas de póquer. O todo, menos pensar en sus dos hijas, a las cuales les daban cuanto pudieran necesitar materialmente, pero poca o ninguna ayuda en todo lo demás: sin duda una negación absoluta, como ya había ocurrido, si no hacían aquello que ellos tenían previsto y esquematizado, como podía ser y fue la boda de Kima, y la que haría Jule en el futuro.

Una cosa tenían muy clara aquellas dos personas, que a juicio de Kima eran dos soberanos egoístas, ellos, la sociedad de la cual eran miembros, los esquemas trazados y las decisiones personales, como si las hijas fueran sus vasallos y no hijas suyas.

Pensaba Kima que quizá a Jule la dominasen, como en su día la dominaron a ella, aunque les sirvió de poco. Pues en el presente ella era independiente. Si pasaba por Bristol era por pura casualidad, y ante todo por su hermana; jamás por sus padres.

El salón y el vestíbulo se partía en dos por unas puertas correderas de cristales. Tanto Nick como su esposa Liza cruzaron aquella puerta. Nick la cerró, quedando los cuatro aislados en el salón, en torno al cual los ventanales parecían iluminar la decoración, los suelos y las paredes. A través de aquellos ventanales se veía un amplio jardín y el sendero que conducía a la ancha verja, las vallas que circundaban la propiedad y la avenida que discurría a todo lo largo de la ancha calle, en la cual se ubicaban mansiones como aquella.

—Bueno —dijo Nick Peck, hundiéndose en un sillón y haciendo una cariñosa seña a su mujer para que ocupara otro junto a sí—, de modo que te marchas de nuevo. Oye, no entiendo eso tuyo, Kima, puedes comprenderlo. Que una joven como tú se pase la vida dando clases de ciencias y matemáticas… en un colegio estatal.

—Gané la plaza —replicó Kima sin sentarse, pero manteniendo la maleta posada en el suelo a sus pies—. Y si soy licenciada en ciencias exactas no sé por qué he de cruzarme de brazos.

La madre replicó por su marido.

—Tampoco entiendo yo que vistas de ese modo, tan poco femenino y tan… burdo —hizo un gesto desdeñoso —. En una sociedad como la nuestra, estimo que desentonas. Yo no te retendré, por supuesto, a menos que cambies de modo de vestir, de modo de pensar y de modo de todo. Tu hermana Jule gana un sueldo muy superior al tuyo, seguro, y tiene un trabajo precioso, en una joyería de lujo que, además, nos pertenece. Jule no comete tus errores. Eso lo tengo muy claro. Es sensata, nada independiente y nunca se convertirá en una contestataria como tú.

Jule cambió una rápida mirada con su hermana mayor, pero no dijo palabra.

Nick Peck añadió tras lo dicho por su esposa:

—Te damos esa oportunidad, Kima. Quédate —bostezaba—. Te asignaremos un sueldo espléndido, y olvidaremos que eres divorciada, cuando apenas has vivido la juventud.

—Parece que olvidas que me internaste a los diecisiete años para evitar que viviera la juventud que mencionas.

—¡Ta, ta! —rio Nick, indiferente—. Ya te demostré que el profesor de educación física no te convenía. ¿O acaso lo has olvidado? Pero que te empeñaras en hacer esa carrera y encima te casaras sin avisar… ya se pasa de la raya. Claro que no nos disgustó el novio; en eso llevaste ventaja. Pero lo que nunca podremos entender es que lo hayas plantado a los dos años de casarte. Eso sí nos molestó, y nos sigue molestando. Pero confiamos en que Walter Carey recapacite y vuelva a tu lado.

—Estoy divorciada con todas las de la ley —cortó Kima sin inmutarse—. Y no pienso volver a casarme con Walter ni loca. Por otra parte, no tengas buen concepto de mi exmarido, porque, de no haber pedido yo el divorcio a tiempo, ten por seguro que él no hubiese tardado en hacerlo. Menos mal que todo fue amistoso y que no hubo guerra.

—Y supones tú que eso nos congratula.

—Me es indiferente.

—Kima —saltó la dama, muy enfadada—, ¿a qué has venido? Porque si crees que nos agrada tu visita, te equivocas. Tendrías que cambiar rotundamente para que te recibiéramos complacidos.

—Es lo que le decía a Jule. No pienso volver. Soy independiente por mi carrera, por mi ocupación y por las motivaciones que conlleva un divorcio. Quiere esto decir que no me siento siquiera hija vuestra.

—Kima —intervino el padre, sereno pero firme—, si vuelves a hablar así a tu madre levanto la mano y te abofe-